EL CID EN LA POESIA DE VICTOR HUGO

Excmos. e Ilmos. Señores, dignos miembros de la Institución Fernán González. Señoras, Señores:

Sean mis primeras palabras para agradecer a la Institución Fernán González, Academia Burgense de Arte y Letras, el honor que me ha concedido al otorgarme este nombramiento de Académico Numerario.

Al preguntarme por los motivos que hayáis podido tener para distinguirme así, no he visto más que uno: mi condición de profesor. Si es esa dedicación al trabajo de Cátedra lo que se ha querido distinguir, acepto esta distinción como honra que se hace, también, a cuantos nos dedicamos a las tareas docentes. Y permitidme que, sin más preámbulos, entre en el desarrollo del tema: «El Cid, en la poesía de Víctor Hugo».

Víctor Hugo, en su libro de poemas «Odes et ballades», en el titulado «Mon enfance», manifiesta su gusto por el tema épico y guerrero con estos versos:

J'ai des rêves de guerre en mon ame inquiète
J'aurais été soldat, si je n'étais poète.
Ne vous étonnez point que j'aime les guerriers
Souvent pleurant sur eux, dans ma douleur muette
J'ai trouvé leur cyprès plus beau que nos lauriers.

(Tengo sueños guerreros en mi alma inquieta—hubiera sido soldado, sino hubiese sido poeta—no os asombréis de que ame a los guerreros—a menudo, llorando sobre ellos, en mi dolor—he encontrado su ciprés, más bello que nuestros laureles).

Por eso nada tiene que extrañar el que su genio poético encontrase un tema de predilección en la persona y en las gestas de Rodrigo Díaz de Vivar. Principalmente en tres momentos de su obra poética, toma como fuente de inspiración la obra y la vida del Cid, en cada una de las series

de su «Légende des siècles», publicadas en 1859, 1877 y 1883, en las que podemos leer la serie de poemas titulados «Le romoncero du Cid», «Le Cid exilé» y «Bívar».

Los fines que perseguía Víctor Hugo con su «Leyenda de los siglos», él mismo nos los confiesa: «Expresar a la humanidad en una especie de obra cíclica; pintarla sucesiva y simultáneamente, en todos sus aspectos: historia, fábula, filosofía, religión, que se resumen en un único e inmenso movimiento de ascensión hacia la luz; hacer aparecer, en una especie de espejo sombrío y claro, esta gran figura una y múltiple, lúgubre y radiante, fatal y sagrada, el Hombre; he ahí de qué pensamiento o de qué ambición si se quiere, ha salido «La leyenda de los siglos».

Y era natural que en esta exaltación del tema del hombre, no faltase aquél que supo serlo a carta cabal: el Cid. Verdad es que Víctor Hugo no se ha sometido a la Historia, sino que ha ido más allá: su obra es Historia escuchada a las puertas de la leyenda.

Hoy. a los setenta y siete años que van a cumplirse el 31 de mayo desde la fecha de su muerte, cuando la vida del Cid es actualizada en las pantallas, vamos a espigar en la producción del poeta francés algunas gavillas de versos muy cidianos.

Víctor Hugo parecía estar predestinado para cultivar el tema hispánico. Nacido en Besançon, «vieille ville espagnole», come le gustaba llamarla, Víctor Hugo vino en dos ocasiones a España; la primera vez, siendo un niño (1811-1815), y la segunda, como hombre maduro (1845), haciendo turismo por la zona noroeste de la península.

Estaba en pleno auge la guerra de la Independencia, cuando Víctor Hugo vino a Madrid con su madre y sus dos hermanos, siendo alumno del Colegio de Escolapios, de la calle de Hortaleza.

Es la España grave y severa que conoció, la que con su energía indomable y su aspereza trágica se incorporó a la obra del poeta francés.

Voy a dejar a un lado las referencias y temas hispánicos tan abundantes en su obra, para recoger alguna nota burgalesa de las impresiones que se narran en la obra «Víctor Hugo raconté par un témoin de sa vie», escrita en 1863 por la madre del poeta, utilizando recuerdos personales y las descripciones de su marido el general Hugo, Gobernador militar de Madrid.

Dice así, hablando de Burgos: «En Burgos la felicidad de los niños fue en primer lugar la Catedral. Ya al verla desde lejos quedaron fascinados por la abundancia de su arquitectura, que acumula las torrecillas como laa espigas de una gavilla. Hubo que visitarla nada más llegar. El interior no tiene esa prodigalidad tumultuosa de por fuera, que parece una fiesta

de la piedra; la riqueza dentro es casi austera; es la majestad después de la alegría.

Los tres hermanos, Víctor sobre todo, admiraban igualmente estos dos caracteres de la Catedral; no se cansaban de mirar las vidrieras, los cuadros, las columnas. Cuando Víctor estaba absorto, se abrió al lado suyo una puerta en la pared y salió un hombre pintorescamente vestido, una especie de figura fantástica, bufonesca y deforme, que hizo la señal de la cruz, dió tres campanadas y desapareció. Víctor, embobado, siguió mirando hacia arriba largo tiempo la puerta que se habia vuelto a cerrar.

—Señorito mío, le dijo el que daba agua bendita, que le servía de guía, es el Papamoscas.

El Papamoscas era el muñeco de resorte de un reloj. Las tres campanadas dadas querían decir que eran las tres. El guia explicó a los niños por qué se llamaba Papamoscas el muñeco, pero Víctor no oyó la leyenda; de tal modo estaba emocionado con la contemplación de esta imponente Catedral, que bruscamente mezclaba esta caricatura a sus estatuas de piedra y que hacía que se diese la hora a los santos por mediación de un polichinela».

Sobre esta primera impresión infantil de Víctor Hugo, vamos a dejar caer el telón de los años, y vamos a encontrarnos con el poeta de nuevo en la etapa de su madurez como hombre y artista, en las fechas que antes he indicado.

Abramos la «Légende des siècles» y leamos «Le Romancero du Cid». Empieza así:

L'entrée du roi

Vous ne m'allez qu'à la hanche
Quoique altier et hasardeux
Vous êtes petit, roi Sanche;
Mais le Cid est grand pour deux.
Quand chez moi je vous accueille
Dans ma tour et dans mon fort
Vous tremblez comme la feuille
Roi Sanche, et vous êtes fort.
Sire ma herse est fidèle;
Sire mon seuil est pieux;
Et ma bonne citadelle
Rit à l'aurore des cieux.
Ma tour n'est qu'un tas de pierre,
Roi, mais j'en suis le seigneur;
Elle porte son vieux lierre

Comme moi son vieil honneur.
Mes hirondelles sont douces;
Mes bois ont un pur parfum;
Mes nids n'ont pas dans leurs mousses
Un cheveu pris à quelqu'un.
Tout passant, roi de Castille,
More ou juif, rabbin, emir,
Peut entrer dans ma bastille
Tranquillement et dormir-
Je suis le Cid calme et sombre
Qui n'achète ni ne ved,
Et je n'ai sur moi quc l'ombre
De la main du Dieu vivant.
Cependant je vous admire:
Vous m'avez fait triste et nu,
Et vous venez chez moi sire!
Roi, soyez le malvenu.

(La entrada del rey. – No me llegáis más que a la cadera—aunque altivo y atrevido—sois pequeño, rey Sancho—pero el Cid es grande por dos.—Cuando os acojo en mi casa—en mi torreón y en mi fortaleza—tembláis lo mismo que una hoja—y sin razón, rey Sancho. Señor, mi casta es fiel—Señor, mi umbral es compasivo—y mi buena ciudadela—ríe a la aurora de los cielos. Mi torre ya no es más que un montón de piedras—¡oh rey! pero yo soy su señor—ella lleva su vieja hiedra—como yo llevo su viejo honor. Mis golondrinas son suaves—mis bosques tienen un puro perfume—mis nidos no tienen en su plumón—ni un cabello ajeno. Todo el que pasa—¡oh rey de Castilla—moro o judío, rabino o emir—puede entrar en mi morada—y tranquilamente dormir. Yo soy el Cid tranquilo y sombrío—que ni compra ni vende—y por encima de mí no tengo más que la sombra—de la mano de Dios vivo. Sin embargo yo os admiro—me habéis dejado triste y desnudo—y vos venís a mi casa, señor—¡Oh rey sed mal venido!).

Víctor Hugo ha imaginado una visita del rey al Cid. Todo el «Romancero» va a ser una exaltación de la figura del Cid y una constante burla del rey. A los poetas les están permitidas todas las licencias, y Víctor Hugo hace de Alfonso VI, el rey Sancho porque así conviene para sus necesidades de rima con *hanche*.

Notemos algunos rasgos exagerados de ironía, como son el afirmar que el rey no le llega al Cid más que a la cadera, mientras que el Cid es grande y alto —que ambas cosas significa «grand» en francés— por dos. Aunque arruinado, pues su torreón no es ya más que un montón de

piedras, el Cid lleva su viejo honor igual que el torreón, la hiedra que lo adorna y ennoblece. El Cid concede su hospitalidad sin distingos: a reyes, a moros o a judíos, emires o rabinos. Al Cid en calma y sombrío ya no le preocupa comprar ni vender —he ahí una curiosa dedicación de mercader que le endilga Víctor Hugo, desconocida para todos—, y le basta con la sombra protectora de Dios.

La segunda composición se titula «Recuerdo de Jimena». En ella el Cid es comparado a la roca que resiste los embates del viento, que representa al rey:

Si le mont faisait reproche
A l'air froid, aigre et jaloux,
C'est moi qui serait la roche
Et le vent ce serait vous.

(Si el monte hiciese reproches—al aire frío, agrio y celoso—yo sería la roca—y vos seríais el viento).

El Cid desprecia a los favoritos del rey y le basta con el espesor de la suela de su bota para trazar una barrera infranqueable entre la lealtad y el halago:

l'épaisseur de ma semelle
me suffit entre eux et moi.

El día de la boda del Cid, Dios fue grande y el cielo estuvo suave y hay un delicado sentimiento de ternura en el recuerdo de Jimena con su gorguera florecida y llena de espigas:

Chimène eut sa gorgerette
Pleine de fleurs et d'épis.

En la tercera composición, las estrofas de «El rey envidioso», nos ponen en presencia de un Cid ya viejo, que antes de nacer el rey ya era Grande. Nuevamente vemos el capricho de Víctor Hugo mezclando los nombres de León, el Ebro y la Mancha, éste únicamente por necesidades de rima con Sanche. El Cid le recrimina al rey, porque el señor nunca debe ser envidioso.

Sin embargo las gentes del rey se burlan del Cid, como si fuese un águila vieja, que sólo sirve para diversión de los buhos, y el poeta pone en labios del Cid este parangón a todas luces exagerado:

Roi, q'on mette avec sa chape,
Sa mitre et son palefroi,
Dans une balance un Pape
Portant sur son dos un roi;
Ils pèseront dans leur gloire
Moins que moi, Campeador
Quad le roi serait d'ivoire
Quad le Pape serait d'or!

(Rey, que pongan con su capa—su mitra y su palafrén—en una balanza un Papa—que lleve en sus hombros a un rey.—Pesarán en su gloria—menos que yo, Campeador—aunque el rey fuese de marfil—aunque el Papa fuese de oro).

Se titula la cuarta composición «El rey ingrato», y en ella vemos cómo lo que más importa al Cid es la hombría. al decir:

Je vous préviens qu'on me fâche
Moi qui n'ai rien que ma foi,
Lorsqu'étant homme on est lâche
Et qu'on est traître, étant roi.

(Os prevengo que me enfada—a mí que no tengo más que mi fe—el ver al hombre cobarde—y ver traidor a un rey).

Contrapone el poeta las dos actitudes: la del rey y la del Cid. Este le recrimina sus innumerables astucias y sus traiciones:

Moi pour le bien, toi pour l'ombre
Dans la nuit, nous nous croisons.

(Yo por el bien, tú por la sombra—nos cruzamos en la noche).

El rey se hace adorar mañana y tarde, por sus jueces en castellano y por sus sacerdotes en latín.

Sigue irónicamente el poeta, presentando al Cid viejo, como pupilo de un tutor joven, que es el rey, y ello en razón al vasallaje. Pero el Cid no puede soportar que se burle de él el rey y exclama:

Quand derrière tes murailles
Où tu chasses aux moineaux
Roi, je t'éntends qui me railles,
Moi, l'arracheur de créneaux,
Je pourrais y mettre un terme:
Je t'enverrai, roi des Goths,
D'une chiquenaude à Lerme
Ou d'un soufflet à Burgos.

(Cuando tras de tus murallas—donde estás cazando gorriones—oh rey, oigo que te burlas de mí—que he derribado tantas almenas—podría acabar de una vez—te mandaría, oh rey de los godos—de un papirotazo a Lerma—o de una bofetada a Burgos).

En la quinta composición, el Cid, como una fiera acorralada en su guarida, contempla en su estandarte los desgarrones producidos por el viento, en tanto que el rey D. Sancho se hace guardar por sus hombres, pues al Cid le dan la impresión de ser como una jauría de perros.

Víctor Hugo compone así la escena.

Monologa el rey

A quoi pense ce convive
Des loups et des bûcherons?
J'ai peur. Est—ce qu'il ravive
La fraîcheur des vieux affronts?
Le laisser libre est peux sage;
Le Cid est mal muselé.

(En qué piensa este invitado—de lobos y de leñadores?—Tengo miedo. ¿Acaso reaviva—el frescor de las viejas afrentas?—Es poco prudente dejarle libre—El Cid tiene el bozal flojo).

A lo que el Cid responde:

Roi c'est moi qui suis ma cage
Et c'est moi qui suis ma clé
C'est moi qui ferme mon ântre;
Mes rocs sont mes seuls trésors
Et c'est moi qui me dis: «Rentre»
Et c'est moi qui me dis: «Sors».

(Rey, soy yo mi propia jaula—Soy yo mi propia llave—Soy yo quien cierra mi antro—mis rocas son mis únicos tesoros—y soy yo quien me digo: entra—Y soy yo quien me digo: sal).

El Cid es soberano dueño de su voluntad. El rey quisiera tener al Cid en su vejez sujeto como un perro dogo, guardado como los bandidos entre la hiedra de la torre-prisión, y el poeta con esa misma imagen hace decir al Cid, que el rey vaya a poner bozales en la boca de los huracanes:

Va mettre des muselières
Aux gueules des ouragans!

«El rey abyecto» lleva por título la sexta composición y en ella increpa el Cid a Sancho—siempre según la imaginación de Víctor Hugo—por su falta de hombría, haciendo que su padre desde la tumba piense en que alguien ha cambiado a su hijo, en la cuna, por un plebeyo:

Et dans sa tombe ennuyé
Ton vieux pêre, âme loyale
Dit: quelque bohémien
A, dans la creche royale
Mis son fils au lelieu du mien!

Compara después la vida muelle del rey, con la dura vida de batalla del Cid, que tiene la piel negra de tanto haber llevado el arnés cubriéndola:

Pendant que tu fais tes Pâques
et que tu dis ton Crédo
Je prens les tours de Saint Jacques
Et les monts d' Oviedo.

(Mientras que tú cumples con Pascua—y rezas el Credo— yo conquisto las torres de Santiago—y los montes de Oviedo).

Véase nuevamente cómo la necesidad de buscarle rima a Credo, ha hecho en la fantasía huguesca, desplazarse geográficamente al Cid hasta Oviedo y Santiago, que era la palabra que mejor rimaba con Pâques. Creo sinceramente que en esta ocasión está justificada la exclamación de André Maurois: «Víctor Hugo, hélas!».

Más adelante, hace ver al rey que es la espada del Cid quien le mantiene en el trono:

Roi, par moi; sans moi, poupée!
Le respect qu'on a pour toi,
La longueur de mon épée
En est la mesure, ô roi!

(Rey por mí, ¡sin mí un muñeco!—el respeto que se te tiene—lo mide ¡oh rey! la largura de mi espada).

El nombre del Cid es conocido en toda España y sus clarines proclaman sus victorias desde las montañas al mar:

Ce pays ne connaît guère
Du Tage à l'Almonacid
D'autre musique de guerre
Que le vieux clairon du Cid.
Mon nom prend toute l'Espagne
Toute la mer à témoin
Ma fanfare de montagne
Vient de haut et s'étend loin.

(Este país apenas conoce—desde el tajo a Almonacid—otra música guerrera que el viejo clarín del Cid—Mi nombre cubre toda España—los mares son de él testigos—mi estruendo guerrero—viene de arriba y se oye lejos).

Víctor Hugo no tiene inconveniente, como vemos, en crear nombres inexistentes en la realidad, pero que sirven bien para su fantasía.

Versos más adelante, el Cid pasa como un triunfador romano, extendiendo sus conquistas por toda la geografía peninsular, entre el resonar de los tambores que acompañan con su redoble la desbordada imaginación del poeta:

Mon pas fait du bruit sur terre,
Et je passe mon chemin
Dans la rumeur militaire
D'un triomphateur romain.
Et tout tremble, Irún, Coïmbre,
Santander, Almodóvar
Sitôt qu'on entend le timbre
Des cymbales de Bivar.

(Mi paso resuena fuerte sobre la tierra—y voy haciendo mi camino—en el rumor militar—de un triunfador romano—y todo tiembla Irún, Coimbra—Santander, Almodóvar—tan pronto se oye el redoble—de los tambores de Vivar).

De seguro que Menéndez Pelayo sonreiría al leer el nombre de su Santander, evocado tan pintorescamente por Víctor Hugo, en estas cabalgadas «imperiales».

La séptima composición se titula «El rey criminal». En estas estrofas, el Cid recrimina duramente al rey por su falta de nobleza, impropia de la majestad real:

Certe, il tient moins de noblesse
Et de bonté, vois tu bien!
Roi, dans ton collier d'altesse
Que dans le collier d'un chien!

(Ciertamente, hay menos nobleza—y bondad, fíjate bien—¡oh rey! en tu collar de Alteza—que en el collar de un perro).

Hay cuatro versos en esta composición, que resumen magistralmente un acto tan trascendental como el juramento exigido por el Cid a Alfonso VI en Santa Gadea, el último de ellos, lleno de sugerencias tenebrosas:

Ta foi royale est fragile
Elle affirme, jure et fuit
Roi, tu mets sur l'Evangile
Une main pleine de nuit.

(Tu fe real es frágil—afirma, jura y huye—¡oh rey! encima del Evangelio—pones una mano llena de noche).

Más adelante, el poeta afirma que los santos tiemblan de indignación cuando el rey se santigua, sus tratados son como vana palabrería y el Cid preferiría las promesas de la nube, y las palabras del viento.

El perjurio real no es más que la tumba sombría en que se entierra la honra de un país, de tal forma que dice el Cid:

Mieux vaut avoir au talon
Le venin d'un vipère
Que le serment d'un félon.

(Más vale tener en el tacón—el veneno de una víbora,—que el juramento de un traidor).

Encariñado Víctor Hugo con el tema, va dando cada vez más rienda suelta a su fantasía y capricho. El octavo poema de los que componen el «Romancero du Cid» refleja la rebeldía más viva. Diríamos que son ideas completamente anacrónicas para la época del Cid, y modernas las que vierte Víctor Hugo aquí. Véase la muestra. El rey agobia con impuestos a los pobres campesinos; éstos se rebelan y no pagan, porque no se consi-

deran como villanos, que sólo sirven para engordar alcaldes y alimentar a capellanes. El Cid los defiende, llamando al rey bravucón, y jurando que la ciudad no es ninguna vaca para que se la ordeñe descaradamente:

Quant à payer roi bravache
Jamais et j'en fais serment
Ma ville est—elle une vache
Pau-l la traire éffrontément?

Luego viene la acusación directa al rey:

Roi, tu m'as pris mes villages
Roi, tu m'as pris mes vassaux
Tu m'as pris mes grands feuillages
Où j'écoutais les oiseaux.

(Rey, tú me has robado mis pueblos—me has cogido los vasallos—has asolado las enramadas—donde escuchaba a los pájaros).

Y para que no falte nada, tras de recrear nuestra imaginación con esa alusión a un Vivar poblado de árboles en los que anidan pájaros, viene lo que más podía agradar el gusto de aquellas lectoras románticas entusiastas de Víctor Hugo en sus salones parisinos: la suposición de que el rey dirigía sus miradas amorosas a Jimena:

Roi, tu m'as pris mon domaine,
Mon champ, de saules bordé;
Tu m'allais prendre Chimène
Roi, mais je t'ai regardé.

Oh rey, me has cogido mi dominio—mis campos bordeados de sauces—me ibas a coger a Jimena—pero te he mirado ¡oh rey!).

La majestad de los reyes no permite el que sean ahorcados, pero el Cid en la fantasía de Víctor Hugo, que hace cuando menos el esfuerzo de crear un nombre para fabricar con él una rima fonético visual, ya le hubiese preparado la horca:

Je t'aurais offert déjà
Dans mes ongles formidables
Au gibet d'Albavieja.

(Te habría ofrecido ya—en mis uñas formidables—al cadalso de Albavieja).

La cólera del Cid se amansará posteriormente, haciendo con el oro de las coronas reales herraduras para Babieca.

«El rey soldado» se titula la novena composición, y en ella se reflejan los sentimientos del poeta sobre la guerra,

La guerre cette aventure
Sur qui plane la corbeau
Se résout en nourriture

Pour le bêtes du tumbeau.
Le chacal se désaltere
A tous ces sanglants hasards,
Et c'est pour les vers de terre
Que travaillent les Césars.

(La guerra, esa aventura - sobre la que planea el vuelo del cuervo— se resuelve en alimento—para los animales de la tumba—El chacal sacia su sed—en todos estos azares sangrientos—y los Césares—trabajan para los gusanos).

Fijémonos en estos dos últimos versos llenos de contenido: los Césares, los Emperadores en lo más brillante de sus conquistas, no son más que suministradores del alimento que necesitan los gusanos en la tumba; para eso guerrean.

Al final del poema parece que se vuelven a oír los ecos del Víctor Hugo de «Les Chatiments», en una macabra estampa de horror, y no dudo en afirmar que de mal gusto:

Qui se croyant Alexandre
Ne laisse dans les maisons
Que des os dans de la cendre
Et du sang sur des tisons;
Et qui riant sous les portes
Vous montre, qund vous entrez
Sur des tas de femmes mortes
Des tas d'enfants éventrés.

(Quien creyéndose Alejandro—no deja en las casas—más que huesos sobre ceniza—y sangre, sobre tizones—y que, viéndose bajo las puertas— os muestra al entrar—montones de niños acuchillados—sobre montones de mujeres muertas.

Nunca la crueldad de un rey, y menos español, pudo llegar a excesos tan manifiestamente exagerados.

En una serie de alusiones y citas a César, a Carlomagno, a Pelayo, a Roldán, a los Pirineos y Roncesvalles, en las que la imaginación de Víctor Hugo encuentra motivo para nutrirse, puede resumirse la novena composición de este «Romancero», y, a decir verdad, en esas estrofas tituladas «El rey cobarde», no vemos nada que valga la pena comentar. Nada cidiano en ellas; únicamente al final, reaparece el genio lírico de Hugo, cuando dice que el rey—al que más que satirizar caricaturiza—huiría al oír el cuerno de un cabrero de los Pirineos, al igual que los torrentes van brincando de roca en roca:

Comme on voit des rocs descendre
Ces torrents en février
Il te suffirait d'entendre
La trompe d'un chevrier.

Es muy breve la undécima composición, que Víctor Hugo titula «El rey burlón». En ella el Cid reprende al rey, porque poco menos que toma a broma sus quejas, hechas con dignidad, que no son como herrumbre en un clavo viejo:

Roi Sancho. tu me crois fou
Tu prends ces fiertés de l'âge
Pour la ruouille d'un vieux clou.

En la siguiente composición, el poeta presenta a Rodrigo de Vivar quejándose de que el rey mata a sus amigos, en una España insegura, vistiéndola de luto. El rey ha matado a mucha gente y va escoltado por una bandada de cuervos:

O roi des noires sentences
Un vol de corbeaux te suit,
Tant les chaînes des potences
Dans ton règne font de bruit.

(Oh rey de negras sentencias—te sigue un vuelo de cuervos—¡tanto ruido hacen las cadenas—de los cadalsos de tu reino!).

Siguen unos versos desafortunados, auténtico ripio forzado por la obligación en que se ve Víctor Hugo de buscar rimas para los nombres hispánicos que tanto gustaba de introducir en sus poesías. El Cid sigue echándole en cara sus desafueros al rey:

Veus avez fouetté des femmes
Dans Vich et dans Alcalá
Ce sont des choses infâmes
Que vous avez faites là!

(Habéis azotado mujeres—En Vich y en Alaacalá—Habéis hecho—cosas infames).

«El Cid fiel», titula Víctor Hugo la décimotercera composición, y en esas estrofas, el Cid aparece fiel a sus antepasados, sus espectros son como una cadena de montañas que cierra el horizonte:

Les grands spectres des ancêtres
Sont toujours autour de moi,
Comme on a, dans les campagnes
Oû rit la verte saison,
Une chaîne de montagnes
Qui ferme l'âpre horizon

(Los grandes espectros de los antepasados – están siempre a mi alre-

dedor—al igual que en los campos—cuando ríe la primavera—una cadena de montañas—cierra el áspero horizonte).

La lealtad y honradez del Cid son enteras, no admiten fisuras; Jimena puede coser la túnica del Cid, pero no su lealtad unida y firme.

Roi je suis un home probe
De l'antique probité.
Chimène recoud ma robe
Mais non pas ma loyauté.

Al rey le rodean traidores, y el no soporta fango, avaricia, robo, lujuria y traición.

Se va acercando el final de la serie de composiciones que Víctor Hugo dedica al Cid, y esta décimocuarta se titula «El Cid honrado».

A pesar de todo el ambiente y pintado en las estrofas de la serie anterior, el rey Sancho—éste es el nombre que le ha gustado a Víctor Hugo y lo sigue usando—puede estar tranquilo. La vieja alma está blanca de sentimientos en el viejo soldado ennegrecido por las campañas. Aunque un poco a regañadientes en esta transposición histórica al plano poético, el Cid sigue siendo servidor fiel; su misión es la de derribar al moro y levantar al rey:

Grondant, je te sers encore
Dieu m'a donné pour emploi
Sire, de courber le more
Et de redresser le roi.

Una vez más, la franqueza castellana aparece contrapuesta al halago y al servilismo:

Pour avoir ce qu'il désire
Le flatteur baise ton pied
Nous disons ce qu'il faut sire
Et nous disons ce qui sied.

(Para tener lo que desea—el adulador besa tu pie—señor, nosotros decimos lo necesario—decimos lo que procede).

También al rey se le pueden decir las cosas a la cara.

En los versos que siguen se traza una pacífica imagen favorita del Víctor Hugo de «Chansons des rues et des bois», embravecida únicamente por la presencia del águila que hace oír su grito:

Nous fauchons nos foins, nos seigles
Et nos blés, au flanc des monts
Nous entendons des cris d'aigles
Et nous nous y conformons.

(Segamos nuestro heno, nuestro centeno—y nuestros trigos, en las laderas de los montes—oímos los gritos de las águilas—y nos conformamos).

Tras de una exhibición de nombres hispánicos, con la caprichosa ortografía hugoliana, para engarzar en ellos sentimientos de lealtad hacia el rey, termina el Cid exponiendo el estado actual la absoluta falta de ambición en que vive, pues le es suficiente con la sombra protectora de una moral y la cantarina compañía de un manantial:

Moi qui n'ai qu'à me pencher
Pour prendre une mûre à l'arbre
Et de l'eau dans le rocher.

«El rey es el rey» lleva por título la anteúltima serie de estrofas huguescas. En ellas el Cid es presentado por el poeta como vigilado y espiado, pero los barones del rey son como muñecos de cera y sus torreones como castillos de papel para el Cid.

El carácter guerrero e indomable del Cid, su genio, es intuído por el poeta con esta semblanza de su figura; la única vaina definitiva que puede hacer descansar la espada de un caballero, es el sepulcro:

Que lorsqu'un homme est épée
Le sépulcre est le fourreau.

No en vano ha titulado Víctor Hugo esta parte de su canto al Cid «El rey es el rey». Es que a pesar de todo, aun cuando los sentimientos de exageración y escarnio se hallen transcritos por adjetivos como «fourbe» (criminal) y vocablos como «chiffon» (trapo)—todo eso es el rey a los ojos del poeta—la realeza es siempre reconocida y honrada por el Cid.

Oigámoslo:

Roi devant vous je me courbe
Raillé par votre bouffon
Le loyal devant le fourbe
L'acier devant le chiffont;
Devant vous fuyard s' efface
Le Cid l'homme sans effroi
Que voulez vous que j'y fasse
Puisque vous êtes le roi!

(Rey, me inclino ante vos—burlado por vuestro bufón—el leal ante el traidor—el acero ante el trapo—ante vos cobarde, desaparece—el Cid, el hombre sin miedo—que queréis que haga—puesto que sois el rey!),

Y termina su magnificación del héroe castellano, el poeta francés como no podía menos, con unas estrofas tituladas «El Cid es el Cid».

Nos presenta en ellas al Cid invitando al rey a beber el agua pura de un manantial, ya que no tiene otro viñedo, dándole otra cosa mejor: su perdón.

Sigue una retahila de nombres españoles, que tenían especial resonancia para oídos franceses, y que constituyen la serie de conquistas

hechas psr el Cid para el rey, incluyendo alguna más de las históricas, como licencia poética por necesidades de la rima, como en ocasiones anteriores.

Acaba el «Romancero» presentándonos el poeta al Cid ofreciendo y dando su hospitalidad al rey, haciéndole ver que en medio de la noche de la vejez y la muerte, próximas para ambos, hay un astro que representa mucho más que la felicidad, el amor, la victoria o la fuerza, y es el honor.

Car il n'est qu'un astre aux cieux;
Cet astre de la nuit noire,
Roi, ce n'est pas le bonneur,
Ni l'amour ni la victoire
Ni la force. c'est l'honneur.

Y así con esta palabra «honneur» restituída a su viejo sabor castellano, quiero yo también acabar esta disertación, invocando las viejas palabras del Poema:

«A todos alcança ondra, por quien en buen ora cinxo espada».

He Dicho.

Discurso de contestación al académico electo, ilustrísimo señor Dr. D. Julio Lago Alonso, pronunciado por el académico de número D. Juan Ruiz Peña, en la sesión solemne celebrada por la Institución Fernán González, el día 19 de mayo de 1962.

En nombre de la Institución Fernán González, doy la bienvenida al nuevo académico D. Julio Lago Alonso, en este acto de toma de posesión.

La labor filológica del señor Lago, su bien cimentada cultura, sus dotes de profesor, nos evidencian lo justo, lo certero de esta designación.

Don Julio Lago parece habernos dado a entender que estima, entre todas sus cualidades, de publicista, de traductor, su condición de profesor. En esta diaria entrega a los demás, que es la enseñanza; en esa dación de si mismo, en esa transmisión del propio espíritu, día tras día, hora tras hora, cifra su vida, su esperanza mejor.

Nació don Julio Lago Alonso, en Valladolid, el diez de diciembre de 1921. Estudió en el Instituto Nacional de Enseñanza Media de esta ciudad, donde fueron profesores suyos hombres de tan universal altura como don

Narciso Alonso Cortés, catedrático de Literatura Española, y como catedratico de Francés, a una ilustre profesora, doña Rosario Fuentes, que orientó y alentó su naciente vocación filológica.

El año 1944, se licenció en filología Románica, en la Universidad de Salamanca. Inicia luego su formación para opositor a cátedra, que dura cuatro años; durante el transcurso de ellos, es becario del Consejo, profesor de la Universidad de Valladolid y, por último, profesor de Lengua francesa y alemana en el Instituto «Ramiro de Maeztu», de Madrid. En 1948, don Julio Lago Alonso obtiene, por oposición, la cátedra de Francés del Instituto de Lugo. No por ello, don Julio deja de trabajar, de madurar profesionalmente, sino que, por el contrario, su vocación aumenta, y en 1950 vuelve a opositar, ahora a una cátedra de Francés de Escuela de Comercio, y tras brillante oposición obtiene la de Cartagena.

El año 1951, y mediante concurso de traslado, es nombrado catedrático del Instituto y de la Escuela de Comercio, consiguiendo de esta manera reunir las dos cátedras en una misma población. Este año es decisivo para la vida de don Julio Lago Alonso. Se afinca en Burgos y funda un hogar, un hogar feliz, abierto a risueños horizontes, de hijos, de libros, de nuevos cargos y muchos éxitos.

Toda la vida de Julio se reparte ahora entre su hogar y este afán de enseñar, de que hablábamos. Entre la doeencia y la sonrisa del hijo, entre el estudio incansable de los idiomas europeos, francés, alemán, inglés e italiano, que domina, y especialmente francés, en el que adviene maestro, ayudado por su magnífica formación humanística, van pasando los días de Julio Lago.

Lago, como profesor, realiza una labor eficaz y callada, sin abandonar la propia formación. Nada enmohece tanto como la enseñanza, ninguna cosa más predispuesta a caer en la rutina, en el decir siempre lo mismo con idénticas palabras. Profesor que no se renueva no es un verdadero profesor. Y para no repetirse hace falta estudia; hay que estar siempre en la brecha, si queremos estar al día. Por ello, don Julio Lago sigue estudiando, y, catedrático dúplice como es, se examina en la Universidad de Salamanca como un simple estudiante y alcanza otra nueva licenciatura, ahora en Filología Moderna, el año 1955. En 1958, es nombrado becario de la «Fundación March», en Lieja (Bélgica), dados sus muchos méritos, y en 1960 se doctora en la Universidad Central de Madrid.

Es don Julio Lago un hombre trabajador, silencioso y prudente; modesto por naturaleza, no gusta de exhibiciones, ni de alardes publicitarios. En fin, don Julio Lago no juega, como otros a aparentar, sino a ser. Bondadoso, hondamente religioso, buen cristiano, no promete nada que no pueda cumplir, y ama de veras al prójimo, y por ello, su dedicación a la

enseñanza, que no es sino una forma de amor, una de las más sublimes. Es Julio Lago archivo de muchas virtudes al servicio de su castellanía vallisoletana, sobria, europea, comprensiva y cabal.

Ya era tiempo de valorar esta labor que en pro de la enseñanza burgalesa viene realizando don Julio Lago, desde hace más de diez años.

Pero tengamos en cuenta que esta eficiente, cumplida, agotadora labor docente, ha ido acompañada de otra labor como publicista y como traductor. Así, Lago ha publicado numerosos artículos sobre Claudel, Mauriac, Verlaine, Manzoni, en diversas revistas españolas. Es autor de un libro de Frances Práctico, publicado por la Editorial Hijos de Santiago Rodríguez, de Burgos, y ha visto igualmente la luz su tesis doctoral titulado «Julien Green y la novela contemporánea». Como traductor, su labor es realmente extraordinaria; ha traducido, en 1960, un libro de François Closset, con el título «La enseñanza de los idiomas modernos», que ha sido publicado por la revista «Enseñanza Media», del Ministerio de Educación Nacional. Ha traducido maravillosamente a Alexis Carrel, a Camus, a Cocteau, etc.

Tiene Julio Lago una pluma clara, bien templada, como de universitario, rigurosa, pero, en ocasiones, matizada y sensible. Riguroso y sistemático; con esa claridad expositiva, aprendida en la mejor docencia de Francia, completa esta semblanza de publicista que he querido trazar.

El trabajo que el señor Lago acaba de leernos, titulado «El Cid en la poesía de Víctor Hugo», nos ponen de manifiesto las dotes literarias y científicas del señor Lago. Como habrán observado es un tema estudiado, analizado y llevado a todo lo largo del discurso de una manera perfecta.

Víctor Hugo, el poeta romántico francés, de voz gigantesca, como de trompeta u órgano colosal, tenía debilidad por lo épico y amaba al tema heroico español; su genio inmenso se dió de bruces con el héroe burgalés por excelencia: con el Cid. Víctor Hugo soñaba con haber sido soldado, de no haber sido poeta. En el tema cidiano la imaginación de Víctor Hugo, verdaderamente portentosa, campa por sus respetos. A encender la imaginación víctorhuguesca contribuye la añoranza, la nostalgia, de unos años niños vividos en España. Cuán emocionadamente nos ha hecho vibrar el señor lago, con la evocación de un Víctor Hugo niño, dentro de la Catedral de Burgos, fascinado por tanta ojival hermosura, y embobado, atónito de asombro, mirando hacia arriba el Papamoscas.

Esta primera impresión infantil no se borrará jamás de la memoria del gran poeta francés. El tema cidiano será de su predilección, lo tratará en cada una de las series de la «Leyenda de los siglos» y, sobre todo, en una serie de poemas titulados, a la española, «Romancero del Cid».

El señor Lago nos ha ido analizando y valorando a cada uno de los romances que componen la serie. Nos ha indicado los frecuentes anacronismos, las confusiones históricas, así al intercambiar la personalidad de

don Sancho, sustituída por la de Alfonso VI. Son, pues, los romances víctorhuguescos, no históricos, ni siquiera legendarios, más bien fantásticos. Son romances bellos, rimados, recamados con toda la púrpura y el oro de la imaginación de Víctor Hugo. Nada más lejano, estilísticamente hablando, al Romancero español. El romance español, generalmente histórico, o con un fondo de historicidad, realista, como el pueblo en donde nació, Castilla la gentil, rimados pobremente en asonancia; los romances españoles, prodigio de sobriedad y sencilla belleza verdadera, superan en mucho a estos romances de Víctor Hugo, tan musicales, tan suntuosos. Esta lección de sencillez homérica que da el pueblo de Castilla a través del romancero, no pudo ser aprendida por ese genial retórico que se llamaba Víctor Hugo.

Si en lo que llamaríamos forma exterior, como acabamos de ver, no hay afinidad; en cambio, en cuanto a la forma interna, a la temática, hay una evidente coincidencia con nuestro romancero cidiano, me refiero a la exaltación de la hombría del Cid; a veces exagerada y grotesca, así al descubrirnos a un Cid bufonescamente irritado, capaz de mandar al Rey de los godos de un papirotazo a Lerma, o de una bofetada a Burgos. Contrasta esto con otros matices de la personalidad cidiana, mejor señalados, así cuando nos pinta a un Cid, aun en su vejez, soberano único de su voluntad; porque el Cid, encarnación del alma de Castilla, es eso: una voluntad de vencer.

Víctor Hugo—como sagazmente ha indicado el señor Lago en su amena y bien preparada disertación—, pasea al Cid como un triunfador romano por toda la geografía peninsular, que tan mal conocía, pues su ignorancia geográfica era tan grande como su talento.

A lo largo de estos romances, va dando suelta Víctor Hugo a su capricho y fantasía, pero a veces, un poco por carambola, otro poco por intuición, acierta a trazar rasgos característicos del Cid, como la honradez, la fidelidad, bordeando esa mesura que distingue al Cid entre todos los héroes, y nos lo hace el más humano y asequible; como la naturalidad convierte a Cervantes en el más simpático de todos los genios. El Cid aparece en su papel de acabar con la morisma y de levantar a su Rey. ¡Qué bien pintada la franqueza castellana! ¡Qué lejana a toda adulación, a todo servilismo! Dice: «Señor, nosotros decimos lo necesario—decimos lo que procede». Bien ha sabido rematar Víctor Hugo su romancero del Cid. El héroe burgalés ofrece hospitalidad al Rey, y entonces le hace ver que hay un astro, que brilla más que el amor o la felicidad, que la fuerza o la victoria; este astro radiante se llama honor.

Por los versos leídos de Víctor Hugo, y de manera tan admirable por el señor Lago, deducimos que era un poeta robusto y atlético. Si creemos

al novelista ruso, Turgueneff, que decía de Víctor Hugo que era un hombre «ebrio de su propia grandeza, ignorante hasta un punto increíble, no conocía ninguna lengua, ni había leído un solo poeta extranjero». No obstante, el juicio de don Marcelino Menéndez Pelayo, formulado en el tomo V de sus «Ideas estéticas», me parece más imparcial y acertado. Dice: «En resolución, Víctor Hugo no sabía nuestra lengua ni tenía de nuestras cosas más que una idea fantástica, si bien algo más benévola que la que suelen tener los franceses». Y añade: «En la España de algunos poemas de la "Leyenda de los siglos", aun en los relativos al Cid, hay también mucho de fantástico, pero allí siquiera la fantasía es épica, poderosa y formidable, y hay que agradecer al poeta haber asociado al más triunfal monumento de su gloria los nombres de nuestros héroes». Con este juicio del maestro, cerramos con broche de oro esta disertación, y añadimos solamente que este agradecimiento debemos hacerlo extensivo a Julio Lago Alonso, que esta noche ha entrelazado tan magistralmente los nombres de Burgos, del Cid y de Víctor Hugo.

He Dicho.